

# DIMENSION HUMANA DE UNA FIGURA DE LEYENDA

Por

Francisco LE DANTEC B.



ubén Darío, el poeta que supo dar a sus versos la ternura del canto de "rui-señor errante" o la grandiosidad de "organista de una ciclópea catedral", señaló con claridad de vidente, en su maravilloso "Canto épico a las glorias de Chile", que la hazaña de Arturo Prat en Iquique la tomaría el pueblo chileno, para aureolarla con los nimbos de la gloria y revestirla de los mágicos ropajes de la leyenda.

Cantó el poeta:

"Los viejos griegos, cuando audaz volvía líricamente erguido, sobre el carro de oro del triunfo, el vencedor bizarro, en heroica alegría al eco de las arpas victoriosas, ponían en su casco la guirnalda de laurel, y la palma de esmeralda al caballo de guerra que iba pisando rosas regadas por la tierra.

.....  
Nosotros los chilenos, cual los viejos helenos, dimos nuestras guirnaldas y canciones a aquellos indomables batallones que tornaban serenos de luchar y vencer como leones, y de salvar la Patria como buenos.

Saludamos a Condell cuando vino, bello como un dios joven y triunfante ciñéndole el destino en la frente radiante los lauros del guerrero y del marino.

.....  
¿Qué voz chilena no bendice ufana las banderas del Buin? ¿Quién no re-nombra

a Ramírez, que asombra en su muerte espartana? Y todos, los infantes, los leales caballeros, los audaces marinos, los que murieron antes que rendirse, los bravos artilleros, que cual Riquelme el fuerte, penetran en la muerte saludando con salvas a la gloria.

.....  
¡Y Prat!... He aquí la cumbre; he aquí la sacra lumbre inmortal, la epopeya en el abismo, el valor soberano.

Leyenda de heroísmo sobre el hondo oceano, Prat resp!andece, inspira, implacable y soberbio, tuvo el soplo sagrado. A él, pues, entonces los trémulos bordones de la lira, y el himno que el escoplo arranca de los mármoles y bronce.

¿Podrían encontrarse frases más bellas, palabras más sonoras, conceptos más hondos para definir la hazaña de Prat y de sus compañeros de sacrificio, y para poner de relieve la impresión moral, perdurable, eterna, que produjo en lo más profundo del alma del pueblo chileno?

Los héroes de la mitología griega, con los cuales Rubén Darío compara a Prat, fueron, sin duda, hombres de carne y hueso, que vivieron, que lucharon, que sufrieron y que experimentaron las mismas pasiones de todo ser humano. Pero, si su presencia espiritual ha trascendido a través de los siglos, si sus hazañas han sido inspiración de poetas, que las cantaron en sus versos, o de artistas que los inmortalizaron en el mármol, es porque el pueblo griego vio en esos héroes la esencia de sus más puras virtudes, la personificación de sus propias luchas y de sus propios sacrificios colectivos.

Esta tendencia de los pueblos a rodear a sus héroes del halo misterioso de la leyenda, que los convierte en paradigmas para futuras generaciones, se repite a lo largo de toda la historia, y en todas las épocas. Así se forjaron las figuras de Leonidas entre los griegos, de Sigfrido entre los germanos, del Cid entre los españoles, de Bayardo entre los franceses. Sus acciones de valor temerario o de sacrificio sublime fueron acciones humanas, pero el pueblo, al correr de los años, las revistió con los legendarios atributos de la epopeya.

Por eso, con su carismática premonición de poeta, el vate nicaragüense señaló:

"Cuando en Iquique, Prat halla la muerte,

el héroe se convierte  
en semidiós; el cielo constelado  
de la chilena gloria, se ilumina  
con luz de sol. . ."

El ejemplo de Prat fue, desde entonces, no solamente un imperativo de civismo, de valor y de abnegación para todos los chilenos, sino que también fue inspiración para poetas, para artistas, para músicos.

Rodín llevó la figura de Prat al bronce, porque la consideró "un héroe digno de una epopeya griega". Sommerscales fijó

en sus telas inmortales los momentos culminantes del combate épico. Y los poetas, que son la voz del pueblo con acentos divinos, señalaron que los héroes de Iquique habían ido más allá de los límites de la historia, habían traspasado los umbrales de la Leyenda.

"Sea un grito de guerra su nombre y su ejemplo una eterna lección", dijo de Prat, casi al día siguiente del combate, José Antonio Soffía. "Ha sabido morir dando el ejemplo, y es preciso su herencia conservar", expresó más tarde Pedro Nolasco Préndez. "No pueden ser vencidos los pueblos donde nacen los bravos como Condell, los héroes como Prat", cantó Luis Rodríguez Velasco en vibrantes estrofas. Y el salvadoreño Juan José Cañas, profundamente conmovido, expresó en un poema: "... el nombre de Prat será emblema admirable de lealtad, patriotismo y honor".

Lo mismo que los poetas cantaron, elevándose en alas de la inspiración, lo ratiificaron con profundidad de conceptos escritores e historiadores. "Prat encarna en su alma honrada toda la epopeya de las glorias de Chile, toda la leyenda de hechos admirables que tiñeron de heroísmo las páginas de nuestra historia", expresó Benjamín Vicuña Mackenna en un raptó de lírico entusiasmo. Y Emilio Rodríguez Mendoza, en "La Estrella sobre los Mástiles" sintetizó el juicio certero que para la historia merece el combate homérico: "Al caer el capitán Prat sobre una poza de sangre, que el sol meridiano convirtió en aureola, dejó la guerra irrevocablemente orientada y ganada".

La sentencia definitiva de los hombres de mar del mundo entero, la entregó con letras de fuego un marino norteamericano, el comandante de la fragata "Pensacola": "Desde que hay mar, dijo, y desde que hay Marina, jamás se ha presenciado nada más grande y heroico que la conducta de Prat y de sus compañeros.

Figura de leyenda, Prat ha entrado definitivamente en el alma del pueblo chileno. Su voluntaria inmolación despertó un verdadero misticismo, que perdura a través de las sucesivas generaciones, y hace que año tras año, en la fecha aniversario de su sacrificio, recordemos al héroe con emoción y con gratitud.

Su acción titánica fue un mandato hacia el futuro, para que todos los chilenos, en la guerra o en la paz, en la felicidad o en el infortunio, sepan ser capaces de todos los sacrificios, para que sobre los verdes valles o sobre los áridos desiertos, en lo alto de los riscos o sobre las aguas del océano, el tricolor patrio flamee siempre con el mismo orgullo con que lo hizo en el mesana de la "Esmeralda", hasta el momento supremo de su hundimiento.



Hemos destacado los perfiles heroicos del capitán legendario. Pero es preciso decir, también, que los héroes no son productos de la casualidad.

Muchos hombres han debido enfrentarse a pruebas decisivas, en las cuales era necesario jugarse por entero. Algunos las eludieron por cobardía; otros fueron vencidos porque las enfrentaron con temor; muchos se limitaron a cubrir las apariencias para salvar un honor convencional. Ninguno de éstos estaba hecho de la manera en que se tallan los héroes.

Pero, hubo otros, los menos, que frente al peligro olvidaron temores y angustias, que se sobrepusieron a sus propias debilidades, que en la lucha se agigantaron, y así supieron llegar hasta el supremo sacrificio. Los que así procedieron, al perder sus vidas ganaron la inmortalidad.

Arturo Prat pertenecía a esta clase de hombres. Toda su existencia fue como una preparación para el sacrificio supremo, fue como una vigilia de armas, en espera del combate que lo encumbraría a la gloria.

Quienes conocieron a Prat lo pintan como un "hombre más bien alto, de porte digno y viril, con una frente ancha y despejada que una calvicie prematura acentuaba, con una barba cerrada de color castaño cobrizo, y con una expresión indefinible de tristeza y de lejanía en el

rostro, siempre tranquilo y sereno. "Esa actitud de nobleza y dignidad fue una característica permanente del héroe".

Sin embargo, en su existencia se advierten rasgos profundamente humanos. Su juventud fue triste y transcurrió en medio de una angustiada pobreza familiar. Tal vez la opresión por los apremiantes problemas materiales sea la que despertó prematuramente su sentido de responsabilidad. En la Escuela Naval dejó el recuerdo de un cadete esforzado, inflexible en el cumplimiento de sus deberes, respetuoso de sus jefes, pero siempre afable con sus compañeros, y siempre muy buen amigo.

Las actuaciones que tuvo Arturo Prat como oficial de Marina acentúan los relieves humanos de su extraordinaria personalidad.

Finalmente, si analizamos su vida como ciudadano y como hombre de hogar, hallaremos en cada uno de sus actos el mismo sello de tenacidad en el esfuerzo, de seriedad en la acción, de dignidad y de nobleza en el gesto.

Prat parecía haber nacido predestinado para ser héroe. Todos los obstáculos que halló en su camino los superó con la fuerza tenaz y la decisión insobornable de quien se sabe llamado a una misión superior.

Estas razones explican su actitud en el momento supremo de la inmolación que voluntariamente aceptó. Tomó serenamente los retratos de sus seres queridos; los colocó amorosamente sobre su corazón; elevó una íntima oración al Altísimo; y con el pensamiento puesto en la Patria, desenvainó su espada inmaculada e invencible, y se lanzó resueltamente en busca de la gloria, que lo estaba llamando desde la eternidad.

De esta manera, una figura profundamente humana entró para siempre en los dominios de la Leyenda, a los que tan pocos humanos han conseguido llegar.

